

SEÑORA PRESIDENTA

ÁNGELA BENAVIDES

Angelina de los Santos



A Ángela la siguen. Esa mañana somos cuatro las que cruzamos las calles céntricas de adoquines desparejos y es ella la que va a la vanguardia; su ritmo ávido por lo campechano hace que la pereza rochense le sea ajena en este otoño. Ella camina, sube y baja veredas haciendo desaparecer el agua olvidada debajo de baldosas flojas, las casas bajas de colores fríos que cuadra tras cuadra se suceden idénticas. Acá no hay Plaza ni Banco ni Iglesia que sobresalga ante su paso. Ángela Benavídez es un torbellino que engulle y avanza saludando a las doñas que toman mate, a los dones que pasan con la chismosa en el manubrio de la bicicleta, y que sin dejar de andar, mira hacia abajo y atruena: “¡Ándate pa' las casas, Gaishe!”, y su perro se va. Ella no se detiene, se planta al borde del cordón, y observa. Gira 180 grados y embiste al taxi que se acerca de frente obligándolo a detenerse. “Al Abasto”, ordena, y partimos.

Mientras atravesamos la ciudad de los tres semáforos que se apagan después de las diez, Ángela me advierte que ella y los suyos hablan “un idioma” que es probable que no entienda, le indica al conductor que “no, por acá no” y la expresión devoradora de sus grandes ojos negros hacen que comprenda tanto o más que al escucharla; su voz gruesa y mullida se funde en una carcajada de cuerpo entero cuando comenta “sí sí, esta figura que yo tengo no es de andar en taxi, yo ando en bicicleta”. Sin saberlo, me da una clara idea de cómo son sus cosas.

“Yo soy más tímida al largarme, cuando tengo que largarme y hablar frente a una cámara o alguien”, me aclara Ángela, “ahí entra la desconfianza, mirá si algo sale mal, si

me tranco, de que tenga algo que hable mal de mí. Demás el resto... yo voy de frente”.

A esa altura el asfalto quedó lejos. Laura Veiga, su compañera de trabajo y de trayecto, anuncia que estamos cerca de arribar. Después de casi cinco kilómetros de calles de tierra, eucaliptos, pozos y caballos, llegamos al ex Abasto Municipal rochense, donde desde hace dos años ellas y diez más clasifican residuos de cartón, nailon, plásticos, latas y vidrio que recogen de la ciudad y los balnearios La Paloma, Costa Azul, La Pedrera y algunas veces de Castillos. Reciclan unas diez toneladas al mes. Los 12 trabajan acompañados por técnicos de El Abrojo que, entre otras cosas, les han enseñado a organizarse para que puedan sostener el trabajo colectivo sin su ayuda.

El Abasto es un gran cubo despintado que está en un predio cercado, aunque puede ingresar quien quiera. El edificio tiene las aberturas que tienen los frigoríficos de carne, y entra todo lo que tiene que entrar y más: bolsones, camiones, vendavales y Ángela de lunes a viernes de 8.00 a 16.00. Ahí funciona la Cooperativa de Clasificadores de Rocha y ella, la señora presidenta, nos ofrece un tour.

Sus manos anchas y pequeñas, tuestas, señalan la balanza donde pesan el material que ingresa, alambres con los que atan los fardos, la enfardadora que tanto trabajo le da; bolsones con residuos no orgánicos para separar, bolsones ya clasificados, fardos con el quilaje escrito con marcadores de mucho uso, el enchufe para cargar el celular y, más allá, al final, la piccita donde calientan el agua para el café. En el piso hay papeles, cartones, plásticos y basura: cáscaras de mandarina, yerba, envases de Colet. Por todos lados hay ruido a metales que se golpean contra otros metales, frío y viento, pero Ángela y Laura no reparan en nada de todo eso.

“Ya estamos re acostumbrados” explica la presidenta. “Cuando empieza la clasificación empezás a sacarte el cam-

perón por un lado, y si trajiste una remera la tiras para el otro lado, y ahí cuando quisiste acordar ya andas como en verano, muerta de calor.”

Lo cierto es que antes siempre fue peor. Ángela, Laura y varios otros juntaban los pesos doblando el lomo bajo el cielo abierto. Entre ellos está Orfilio Benavídez, su padre, y sus hermanos José Ignacio y Jesús, todos clasificadores. No es “moco de pavo” trabajar a la intemperie levantando plástico y cartón de entre la basura en el vertedero municipal, ni pedir puerta a puerta ni andar en carro cinchado por caballo. En ese entonces reciclaban el material en un galpón que años atrás había conseguido Rita Arévalo, “Tita”, la mujer que enseñó a Ángela y su familia a “separar las botellas verdes de las transparentes y todas esas cosas”. Vendían semana a semana, no tenían beneficios de la seguridad social porque no aportaban, no tenían horarios ni uniforme, pero salían a trajinar todos los días, tronara, lloviera o hubiera ciento un grados de desdicha.

* * *

Ángela nació hace 44 años en Paso de los Toros, Tacuarembó, en el abrazo “bien pobre” de un padre y una madre que le dieron seis hermanos y pocas oportunidades de elegir. Creció intercalando las idas a la escuela con la venta de ataditos de leña y “todas esas cosas” que ella sabe que hay que hacer para sobrevivir, y que cuenta así:

“Con miles de dificultades terminé [sexto]. Después seguí trabajando y limpiando casas y todas esas cosas y no daba el tiempo para estudiar más porque después mi mamá se enfermó y falleció y yo tuve que hacerme cargo de mis hermanos chicos, por eso tuve que seguir trabajando. Antes de los 15 vendía leña e iba a ayudar a papá al monte con mis hermanas, y después de los 15 salí a trabajar, como te digo, para ayudar a

mi familia. Mi familia era muy pobre, mi padre no tenía trabajo y trabajaba en el monte, cortando leña, y nosotros éramos siete hermanos y teníamos que salir adelante. Yo cumplí los 15 y empecé a trabajar cuidando niños y limpiando casas y todas esas cosas, y después conseguí trabajar en una carnicería y ayudaba a mi familia, a mi madre a mantener a mis hermanos chicos, que eran chiquitos, y después se murió y quedé yo”.

En 2001 quiso “probar suerte” en Rocha, donde estaba su hermana, y emprendió viaje con tres hijos chicos bajo el brazo y ningún pan. Dice que necesitaba abrirse un “camino”. Aterrizó en el barrio Hipódromo, a pasos del galpón que regenteaba Rita, en una casa maltrecha y cerca del arroyo que bordea la ciudad. Cuando llovía mucho siempre había problema: crecía, se desbordaba, y dos por tres Ángela se encontraba con los pies en el agua. Consiguió un laburito en un almacén, otro en “una casa de familia cuidando a una señora de edad”, y otro más en una casa limpiando. Entre chapoteo y changa marchó la cosa por un tiempo; se dio el “lujo de estudiar karate, taekwondo” para sacarse “un poco la tristeza que traía” de su pueblo. Así se hizo “un poco más fuerte y todas esas cosas”.

Un día Tita se le apareció en la casa pidiéndole ayuda porque tenía mucho material para clasificar, y ella, para arriar unos pesos más a la olla, no lo dudó.

“Hice así por un tiempo, después como yo trabajaba limpiando casas y todas esas cosas, era a veces nomás que yo trabajaba ahí. Después de ahí sí, se vino papá para Rocha, para mi casa, y a papá sí lo tomó la Tita para que juntara con mi hermano José Ignacio material en el vertedero. Contrataron a mi padre y a mi hermano primero que a mí. Después sí empecé a trabajar fijo, porque yo trabajaba para otro lado, limpiando casas y todas esas cosas” me dice.

Fue a fines de 2009 que empezó a recolectar y clasificar todos los días con el grupo de Tita; así hasta 2012, cuando

ingresaron al Programa Uruguay Clasifica (PUC) del Ministerio de Desarrollo Social, en el marco del Plan de Gestión de Envases de la Intendencia de Rocha, que es regulado por la Dirección Nacional de Medio Ambiente y que financia principalmente la Cámara de Industrias del Uruguay. En territorio el PUC es coordinado por organizaciones sociales que se encargan de trabajar con las personas que sacan materiales reciclables de la basura; desde 2014 es la tarea que El Abrojo hace en Rocha.

Aunque aún salían en carro a levantar los materiales para clasificar, el cambio fue significativo: formalización del trabajo en el galpón, sueldo, acompañamiento de técnicos y el augurio de buenas nuevas, que igualmente demorarían en acontecer; primero siempre estuvo la adversidad.

En abril de 2016 no había menguado la furia de la lluvia cuando el agua empezó a descender, obstinada, desde el arroyo hacia las casas y el galpón. Bajó más rápido que otras veces y destrozó todo lo que encontró, sacó a pasear fardos, plásticos y echó a perder el cartón. Cayó agua como nunca antes en los últimos 50 años.

“Entraron como 200 metros pa’ dentro de agua” recuerda Ángela. “Los fardos andaban por el arroyo. Nos costó mucho recuperarnos de eso.”

“Perdimos material empila” acota Laura.

“Las botellas se fueron, se las llevó la creciente, algunos fardos se fueron con la creciente porque eran muy grandes. Cuando bajó el arroyo andábamos en un camión de la Intendencia y los compañeros por dentro del monte buscando los fardos que se podían volver a armar. Después de eso nos trajeron para acá al Abasto, estuvimos creo que tres meses o cuatro sin trabajo, cobrando el sueldo pero sin trabajar, veníamos a limpiar, veníamos un grupo de mañana y otro de tarde para ir limpiando y acondicionándolo para volver a trabajar.

Se demoró en arrancar a trabajar bien, no había baños, por ejemplo.”

Los técnicos aprovecharon el cambio para sacar los carros; saben que es un trabajo duro que lleva mucho tiempo y cansa más.

“Estaban todo el día en la calle para venir todos los carros juntos con la mitad del material que levanta el camión en una hora”, cuenta uno de ellos, Jorge Berriel, coordinador operativo del Plan de Gestión de Envases, mientras intercala sorbos de café con mate en un bar del centro de la ciudad horas después del tour de Ángela. “Seis personas en la calle, después no había quién hiciera las cosas adentro... Además que terminas muerto de cansado y es un trabajo bien pesado, cuando llegamos a El Abasto empezamos a tener otro problema, porque antes ellos salían en el carro y hacían cuatro cuadras y arrancaban a trabajar, pero allá teníamos que venir cinco o seis kilómetros para empezar a levantar. Entonces se sacaron los carros, la Cámara [de Industrias] puso un camión, la Intendencia [de Rocha] chofer y combustible.”

Ángela y Laura dicen que dejar de pedir puerta a puerta y andar en camión les cambió la vida: “ni te cuento cuánto, no me da el tiempo”, dice una y repite la otra.

* * *

Dentro de El Abasto Ángela me indica que mire la cartelera de comunicación de espuma plast y una hoja A4 con los teléfonos de los técnicos que hay que llamar en caso de accidentes: está el de Jorge Berriel (capataz), y los de Matías Medeiros (coordinador) y Marcelo Boronat (educador), ambos de El Abrojo. Más allá está el escritorio que armaron y la cuadernola donde anotan muchas cosas y donde ponen tics en los nombres de quienes usan el uniforme y cruces en los que

no. De los 12 que integran la lista, la gran mayoría son los que empezaron changando en el galpón con Tita y casi todos tienen un tic.

A pesar de conocerse y trabajar juntos desde hace años, el trabajo colectivo empezó a “realmente cambiar” cuando ingresó Matías, en 2017.

“A veces digo ‘este viene a rompernos los cocos, y a traer estas estupideces y nosotros tenemos que comernos estas cosas’, pero para Matías por un lado están las jodas, y por otro lado está la responsabilidad, él sí o sí hace cumplir las cosas — explica la presidenta—. Por ejemplo, a mí me enseñó que lleve el control de qué compañero viene y qué compañero falta, porque un día uno llamó a las nueve de la mañana para decir ‘yo no voy’, y Matías me dijo: ‘Ángela, esas no son horas de avisar que no viene, tiene que mandar antes de las ocho que es cuando empieza [el horario laboral], porque si no es falta sin aviso, porque no podés avisar después de que pasó el horario de trabajo’. Entonces ahí aprendí: las cosas como son.”

“Así como la ves...” dice Laura sentada en un banquito en la cocina de El Abasto, “ella es...”. Pero Ángela no la deja terminar.

“Yo te digo esto, por un lado yo jodo todito el tiempo. Ahora, a la hora de hablar en serio, es en serio la cosa, y a la hora de hablar con el compañero que está ladeando cuando los otros estamos tirando pa’ otro lado, yo lo llamo a solas y ahí le aplico la masita. Yo le explico qué está haciendo, qué no, qué no se puede. ¿Por qué no está cinchando con el otro compañero? A ver: yo soy de las personas que si hay un obstáculo y quiero avanzar pero ese obstáculo está ahí y se puede correr... yo simplemente voy, yo abro caminos.”

“Mírala” pide Laura mientras se echa hacia atrás, y al fin dice lo que iba a decir, “¡Ella es Ángela Benavídez, la presidenta! Pa’ que tú entiendas: nosotros le tenemos que tener

respeto a los técnicos ¡pero los técnicos le tienen respeto a ella!”

La primera vez que la eligieron fue en octubre de 2017, cuando con la ayuda de El Abrojo, el grupo de clasificadores empezó a practicar para funcionar como cooperativa. Los técnicos querían que se organizaran para que el proyecto no cayera cuando se retiraran las instituciones que desde hace años acompañan su proceso de formalización laboral. Desde agosto de 2018 la Cooperativa de Clasificadores de Rocha funciona como tal; Ángela continúa al frente del grupo, volvió a ser elegida como presidenta por sus compañeros en diciembre de 2017 y en mayo de 2018. El Abrojo se retiró a fines de julio de 2018, ahora cuentan con el apoyo del Instituto Nacional del Cooperativismo.

Ángela y Laura hablan por el grupo cuando dicen que no quieren que Matías ni El Abrojo se vayan, porque reconocen que lo que han “ganado en compañerismo” también es gracias a su trabajo.

“Todas esas cosas pasaron después de El Abrojo, compartimos más, por ejemplo las decisiones que se toman”, asegura la presidenta.

Por ahí me contaron que otra cosa que cambió mucho fuiste tú. Antes no hablabas, le digo. Me dijeron que eras tímida, que no te gustaba hablar frente al grupo ni gente que no conocías, pero sin embargo te eligieron tres veces presidenta, y se supone que las presidentas tienen que hablar...

“Sí, de primero yo hablaba con todos los compañeros, les daba alguna idea, comentábamos algo en grupo o así pero entre nosotros, en nuestro idioma, pero me costaba mucho hablar, sobre todo cuando estaban los muchachos que venían de Montevideo, me daba vergüenza. En esa parte yo era muy tímida, así fui venciendo, digamos, los miedos y empecé a agarrar confianza y los compañeros me empezaron a dar pa’

delante. Siempre me apoyaron. Siempre. Es un grupo que nos apoyamos mucho, ahí decidieron que yo fuera la presidenta para que los represente y bueno... Los compañeros confían mucho en mí y yo trato de hacer muy bien mi trabajo y lo que no sé pregunto, voy venciendo los miedos porque sé que si uno no sabe algo, si no pregunta no va a saber.”

